



Un rechazo a la reacción: una respuesta centrodemócrata

*Michael O. Moore**

El panorama político de Estados Unidos se ha reformulado dos veces durante los últimos tres años. En 1992, un electorado resentido, ansioso de cambios, eligió a un presidente demócrata por segunda vez en un largo periodo de 24 años, y tan sólo dos años después, los electores otorgaron el liderazgo de ambas Cámaras a los republicanos por primera vez después de cuarenta años.

Muchos comentaristas conservadores han interpretado estas elecciones como clara evidencia de que existe una aguzada tendencia a largo plazo hacia la derecha, tanto en el ámbito económico como en el cultural. Estos expertos creen que George Bush, por ejemplo, perdió su posibilidad de ser reelecto porque no era lo suficientemente conservador y, más aún, porque aumentó los impuestos a pesar de que en 1988 prometió lo contrario. En 1994, los líderes republicanos de la Cámara de Representantes tuvieron como premisas un presupuesto equilibrado, un gobierno constreñido y una reducción de impuestos. Su inesperado éxito en las elecciones de otoño de ese año fue interpre-

* Director asociado, Elliott School of International Affairs, George Washington University.

tado por los conservadores como una clara llamada hacia una “revolución”, la cual dismantelaría los programas gubernamentales de todo tipo, con énfasis en cortes presupuestales a los programas de ayuda a los pobres. Los conservadores se apresuraron a reducir la carga impositiva a los estadounidenses de clase media para arriba. Todavía incluso, la facción de derecha religiosa del Partido Republicano concibió las elecciones de 1994 como una clara señal en el sentido de que el electorado estadounidense quería cambios radicales en la agenda social (restricciones al aborto, legalización de la oración en las escuelas, límites a los derechos de los homosexuales, rechazo al control en la portación de armas, etcétera).

Los republicanos no entendieron cabalmente las consecuencias de estas elecciones. Ambos periodos electorales, el de 1992 y el de 1994, no representan posiciones homogéneas del pueblo en general. Lo que sí es seguro es que un sólido grupúsculo de conservadores funcionó como la base de esta coalición en 1994. Pero los márgenes de ganancia en ambas elecciones reflejan la sensación del ciudadano sobre la inseguridad económica del país, así como la creencia de que el gobierno había hecho muy poco para resolver tal problema. La percepción general es que el gobierno ignora al individuo común estadounidense y ayuda a todos los demás. Los beneficiarios de tanta generosidad, según lo ven los electores, son las grandes empresas, los intereses privados, las minorías y los inmigrantes.

Tanto el presidente Bush como el Congreso demócrata eran considerados como los defensores del *statu quo* por lo que tenían que irse. Las elecciones fueron más un rechazo a la situación imperante que una aprobación total a la visión extremista del futuro estadounidense en manos de la derecha reaccionaria del Partido Republicano.

El asunto es delinear una alternativa equilibrada entre ambos estilos de gobierno: el tradicional liberalismo demócrata y el conservadurismo nihilista republicano.

El esquema de tal política sería: 1) un compromiso para resolver los asuntos fiscales, 2) políticas gubernamentales que ofrezcan soluciones viables a la incertidumbre económica resultado de la nueva economía mundial, y 3) un nuevo contrato entre el gobierno (federal, estatal y local) y los representantes de las empresas y los sindicatos para resolver los problemas de la nación. Estos tres apartados formarían las bases de una agenda central demócrata.

CAUSAS DE LOS CAMBIOS POLÍTICOS RECIENTES

Uno de los aspectos más importantes de la confusión política actual en Estados Unidos es que ocurre en condiciones económicas muy favorables, si uno se atiene a los indicadores tradicionales. El crecimiento real del producto interno bruto estadounidense fue de un 5.5 por ciento en 1992 y un 6.2 por ciento en 1995. El índice de desempleo no ha ido más de allá del 6.6 por ciento desde 1987 y, en la actualidad, es de 5.5 por ciento, muy cercano a lo que se considera un nivel de empleo total en Estados Unidos. El producto interno bruto real per cápita ha aumentado de 14 000 dólares en 1970 a 16 000 dólares en 1980 y 19 800 dólares en 1993. Si el electorado votara en función de sus bolsillos, los políticos en el poder no tendrían por qué temer que sus puestos peligraran. Sin embargo, los números son engañosos porque no toman en cuenta otros factores importantes para los obreros y los empleados.

Para los trabajadores del sector manufacturero, las décadas de los ochenta y los noventa han sido épocas de grandes dificultades. Por ejemplo, el empleo en la industria del acero cayó de aproximadamente 610 000 en 1974 a 150 000 en 1994. El sueldo promedio por hora en la industria manufacturera ha caído de 8.03 dólares en 1970 a 7.40 dólares en 1994. Estas cifras demuestran que a pesar de que el producto interno bruto per cápita ha ido en aumento, la mayoría de los obreros no ha podido participar en la riqueza nacional.

A lo largo de casi toda la década de los ochenta, estos golpes han afectado primordialmente a los sectores manufactureros de la economía estadounidense. Por el contrario, al sector servicios y al de los empleados administrativos (*white-collars*) les fue bien en general. No obstante, esta tendencia empezó a cambiar en cuanto las fuerzas del mercado obligaron a reducciones masivas de personal y a reestructuraciones en muchas, hasta ese entonces, prósperas compañías tales como IBM, AT&T y otros gigantes de la industria estadounidense.

Es claro que muchos de los que perdieron sus empleos durante la última década han encontrado otros, tal y como lo afirma el índice de desempleo. También es cierto que los incrementos en las compensaciones no monetarias de los salarios, como son las pensiones y los seguros médicos, hacen que la caída en el monto de los salarios sea engañosa. Sin embargo, estos datos subestiman la inseguridad econó-

mica asociada con los continuos cambios de empleo. Por ejemplo, muchos de los trabajadores que se han visto forzados a buscar nuevos empleos han perdido sus seguros médicos o temen por la posibilidad de que esto ocurra. Las pérdidas devastadoras a que se arriesgan los no asegurados durante este periodo han contribuido a la sensación de ansiedad e incertidumbre que experimenta la mayor parte del país. Muchos obreros se han visto forzados a aceptar sueldos más bajos de los que tenían en sus antiguos empleos.

¿Cuáles son los elementos que el electorado tiende a identificar como fuente de su incertidumbre? Muchos obreros (en especial el varón blanco) creen que los problemas económicos son resultado de la competencia desleal de otros países, de los movimientos internos de acción afirmativa (*affirmative action*) o debido a las oleadas de inmigrantes. Incluso, en periodos recientes, se ha llegado a afirmar que los empleos muy especializados y bien remunerados (por ejemplo, los ingenieros en cómputo) van a parar a manos de trabajadores extranjeros calificados o se pierden debido a que las empresas trasladan esos puestos y a sus ejecutivos al extranjero.

Muchos economistas argumentarían que las causas del problema son los cambios tecnológicos y una preparación insuficiente. El hecho de que cada vez existan más procesos automatizados provoca la eliminación de cientos de miles de labores manuales. Si se retoma el caso de la industria acerera es posible ver que, a pesar de la aguda pérdida de empleos, la producción de acero ha permanecido casi sin cambios desde hace dos décadas. En lo que respecta a las políticas de acción afirmativa, es importante resaltar que el desempleo de las minorías es mucho mayor que el de las personas de raza blanca. Si la acción afirmativa beneficiara adecuadamente a las minorías aun a costa de la mayoritaria población blanca, sería difícil que se siguiera manteniendo esa situación.

Sin tomar en cuenta la validez de las reacciones que provoca la desestabilización del empleo, es obvio que muchos trabajadores piensan que el gobierno no los ha apoyado en un ambiente tan competitivo. Es más, sienten que pagan muchos impuestos para que el gobierno proteja a otros que no requieren tal ayuda; entre estos supuestos beneficiarios se encuentran las minorías, otros países y una variedad de intereses especiales. Todo lo anterior ha provocado que la gente se sienta traicio-

nada, y el resultado lógico es rechazar el estatus político actual, cualquiera que sea el partido político que esté en el poder. No se puede afirmar que el electorado que se encuentra en esta situación sea manipulado ideológicamente, tal y como los especialistas conservadores apuntan.

Otro grupo ansioso de un nuevo liderazgo es el de los conservadores moderados, a quienes poco interesa la cuestión fiscal. Han visto con horror cómo se incrementa al cuádruple la deuda nacional durante los últimos quince años hasta alcanzar un total de cinco mil millones de dólares. A este electorado no le interesa la manera en que el presupuesto se equilibre (los cortes presupuestales y/o los aumentos en los impuestos); sin embargo, no creen que el sistema político actual deje de ponerse al servicio de intereses particulares en aras del bienestar futuro del país. Por lo mismo, este grupo tiende a ser apartidista y a votar en contra del poder político actual, sin importar a qué partido pertenezca.

Por último, un nuevo elemento en el panorama político de estos tiempos es el de los conservadores religiosos. Este grupo ha tenido un lugar preponderante en el espectro estadounidense, pero es hasta hace poco tiempo que ha tenido una participación política activa, pues comenzó a finales de la década de los ochenta, bajo la batuta de Pat Robertson, quien lo dirigió brillantemente; han operado con base en una labor de campo organizando a cientos de miles de nuevos activistas políticos.

El objetivo de los conservadores religiosos es coordinar una contrarrevolución cultural que se propone acabar con todo lo que consideran la depravación moral de la nación. Defienden la intervención estatal en cuestiones sociales como la penalización del aborto, restricciones a la pornografía y pretenden que las escuelas religiosas sean financiadas con fondos públicos; sin embargo, se encuentran divididos en lo que respecta a la intervención estatal en la economía. Sus líderes, un poco por conveniencia y otro poco por convicción, están a favor de un papel reducido del gobierno en los asuntos económicos; en gran medida, sus bases comparten muchas de las inquietudes de los obreros mencionadas con anterioridad. De este modo, podrían muy bien estar a favor de la intervención del gobierno para proteger el empleo, sobre todo en relación con las restricciones comerciales. Pero se pueden abrigar dudas con respecto a la coherencia política de los conservadores religio-

sos, ya que a la larga se vislumbran diferencias irreconciliables entre ellos, aunque a corto plazo, esta facción ha sido capaz de superar sus diferencias a favor de la mayoría republicana.

La relativa fortaleza de la coalición republicana se afianzó en 1994 gracias a una menor participación de los electores. Los partidos que ocupan la Casa Blanca casi siempre pierden un número importante de curules en el año de las elecciones, y 1994 no fue la excepción. A este factor se aunó la frustración del sector obrero, quien culpaba a los demócratas por la aprobación final del TLC; a pesar de que a los obreros no les conviene una mayoría republicana, también es cierto que ya no apoyan tan incondicionalmente a los demócratas.

LA NUEVA MAYORÍA REPUBLICANA EN EL CONGRESO, EN LA PRÁCTICA

Los republicanos se las ingenieron para obtener una abrumadora victoria en 1994. La nueva coalición de conservadores culturales, conservadores fiscales y un electorado de clase media preocupado, se dio artificialmente gracias a un grupo de ideólogos republicanos en pro del libre mercado, bajo el liderazgo de Newt Gingrich.

Estos líderes republicanos accedieron al poder al apelar a los elementos comunes de todos los grupos —reducción de la intervención estatal en los asuntos económicos, eliminación del déficit presupuestario federal, reformas al proceso político y reducción del impuesto sobre la renta—. Se trató algo relacionado con cuestiones sociales tales como restricciones al aborto o el rechazo al control de armas; sin embargo, estos asuntos no tuvieron un papel preponderante en el manifiesto de la campaña republicana, el llamado Contrato con América (*Contract with America*). De este modo, los republicanos conjuntaron en sus filas una base eminentemente conservadora y un amplio grupo de estadounidenses que pensaban que los programas del gobierno ya no podían influir positivamente sobre sus vidas.

Es más, la coalición republicana se ha comportado muy bien en términos de disciplina partidista. Se ha concentrado primordialmente en cuestiones económicas que atañen a la mayoría del pueblo estadounidense: equilibrio del presupuesto y reformas al sistema de bienestar

social. Estos objetivos, en realidad, también son parte de las metas de los demócratas moderados, por lo cual los republicanos han de enorgullecerse: ningún gobierno debe vivir permanentemente más allá de sus propios medios, y lo que ocurrió en las elecciones de 1994 hará que cada vez sea más difícil que esta situación vuelva a darse en Congresos futuros.

Sin embargo, el hecho es que la derecha reaccionaria radical utiliza el objetivo de equilibrar el presupuesto en función de sus intereses particulares. Por ejemplo, pretende prohibir o restringir el aborto y las legislaciones ambientales; intenta, también, eliminar la seguridad social y hacer más flexibles las leyes de portación de armas. La clase media económica y sus miembros que pertenecen a la clase política no votaron por tales cambios y en el futuro podrían castigar a los republicanos en las urnas, sobre todo si sus propuestas no resuelven los problemas cotidianos del ciudadano estadounidense.

La retórica de los republicanos es muy ilustrativa en este sentido. Durante su campaña, explotaron su manifiesto en función de toda una serie de connotaciones relacionadas con la integridad, la confianza y el compromiso. Una vez en el poder, su lenguaje cambió a uno más relacionado con el concepto de revolución pero sin compromiso, todo con un tinte de fanatismo y de terquedad. Esto ha contribuido a corroer la buena voluntad de que gozaban los republicanos inmediatamente después de que fueron electos.

Algo especialmente problemático para el éxito a largo plazo de los republicanos es su incapacidad para relacionar su interés en las cuestiones presupuestales con la incertidumbre económica del electorado, quien, en última instancia, les otorgó el margen que necesitaron para su triunfo en 1994. Su tesis consiste en que un endeudamiento limitado del gobierno liberaría el capital necesario para las inversiones por lo que se incrementaría la productividad, y así los salarios aumentarían. Tal argumento es lógico para un economista, pero para que un elector lo crea es importante que pueda distinguir claramente la relación entre un sacrificio presente en función de beneficios futuros. Muchos trabajadores se muestran escépticos al respecto ya que, a pesar de que la productividad manufacturera estadounidense ha crecido en los últimos años, los sueldos no se han incrementado al parejo.

Otro aspecto crítico de la agenda republicana es la reducción de la regulación gubernamental. Muchos electores se han dejado seducir por

esta premisa, ya que casi todo mundo ha tenido que padecer los desplantes de una burocracia poco servicial. Los planes republicanos, sin embargo, van más allá de simplificar el papeleo inútil. Por ejemplo, los intentos en la Cámara de Representantes de suspender fondos a la Agencia de Protección Ambiental y así constreñir la regulación ambiental en este rubro fueron un fiasco como política popular y un verdadero desastre de relaciones públicas.

El proyecto de los republicanos para mejorar la educación es también muy sospechoso. Están a favor de la educación dentro del ámbito local, y en este contexto, los conservadores religiosos podrían hacer que la idea de que Dios creó el mundo en siete días fuera considerada una noción científica de la misma manera que la teoría de la evolución y la de la selección natural. La oración sería obligatoria en las escuelas y la moral se impartiría como parte de las materias obligatorias; claro que la moral imperante sería la que tiene que ver con la de los cristianos evangélicos. La forma en que todo esto ayudaría a los trabajadores estadounidenses a ser más competitivos en el mercado mundial es un misterio.

En resumen, los republicanos obtuvieron la mayoría con un programa cuidadosamente planeado que apelaba a los intereses comunes de los estadounidenses. Las acciones emprendidas después de las elecciones muestran que los republicanos tienen una agenda extremista.

UNA NUEVA AGENDA DEMÓCRATA

La coalición republicana se ha sobrepasado. Las encuestas de opinión señalan que existe una gran insatisfacción y desconfianza hacia lo que ahora se percibe como una agenda republicana extremista.

Hay dos factores que han contribuido a que ocurran estos cambios. En primer lugar, los dos paros parciales del gobierno federal como consecuencia de déficit presupuestales fomentaron la creencia de que los republicanos buscaban más destruir y arrasar que comprometerse y encontrar soluciones a los problemas del país. Los conservadores se basaron en una retórica incendiaria que les quitó el apoyo de los moderados y los votantes indecisos. En segundo lugar, los demócratas pudieron presentar (injustamente, tal vez) como peligrosos e interesados

los intentos del Congreso para reformar los sistemas de salud (Medicare y Medicaid), lo cual se agudizó con la sensación general de que los republicanos también trataban de reducir todas las restricciones ambientales. Si los republicanos no moderan sus posturas, es muy probable que salgan de la misma manera en que se fueron los demócratas en 1994.

Los demócratas, sin embargo, tienen que ser muy cuidadosos para no caer en autocomplacencias que les hagan creer que la insatisfacción para con los republicanos necesariamente derivaría en un apoyo incondicional que los llevara de nuevo a detentar el poder en el Congreso. En resumen, mientras que los demócratas pueden usar el miedo a los republicanos como un impulso para movilizar a su propio electorado, tienen también que desarrollar políticas que atraigan a la facción de votantes indecisos que perdieron en 1994.

Lo siguiente debería ser parte de la respuesta demócrata.

EQUILIBRIO DEL PRESUPUESTO

Este punto es fundamental para el bienestar a largo plazo de la economía estadounidense; la cuestión es cómo lograrlo. Cualquier proyecto realista tiene que excluir la noción de reducción de impuestos hasta que el gobierno federal haya equilibrado el presupuesto. Un proyecto de esta naturaleza debería congelar el impuesto sobre la renta en sus índices actuales, pero aumentar otro tipo de contribuciones para alcanzar otros objetivos importantes.

Por ejemplo, si se aprobara un impuesto nacional sobre el producto de las ventas, se contribuiría a que hubiera fondos importantes al mismo tiempo que se fomentaría un consumo menor, lo que redundaría en el incremento del ahorro que derivaría en la formación de capital. Un impuesto de un dólar por galón de gasolina, distribuido a lo largo de cuatro años, desalentaría el consumo de energía reduciendo la confianza en las reservas extranjeras de petróleo y contribuiría a eliminar el déficit. El marco legal prometería al electorado una reducción general del impuesto sobre la renta tan pronto como fuera posible, pero no antes de que el gobierno federal tuviera un superávit en su balanza. Los impuestos sobre la gasolina y sobre el producto de las ventas permanecerían sin cambios.

Los demócratas deberían continuar con la política presupuestal propuesta por la administración de Clinton, que plantea un congelamiento e incluso la reducción de los gastos que se ejercen de manera restringida. Los demócratas pueden obtener mucha credibilidad con sólo sugerir reducciones en los programas asociados con su propio electorado.

Es fundamental que los demócratas enfrenten su añejo problema con los costos de los programas a largo plazo, como son Medicare, Medicaid y el seguro social, mediante la promulgación de formas de verificación como una manera de reducir la amenaza que se avecina en cuanto la generación de *baby boomers* tenga edad de retirarse. Los demócratas deberían abandonar sus estrategias demagógicas y a corto plazo, que se oponen a cualquier cambio en estos programas.

Esta combinación de aumento a los impuestos y reducción de los gastos tendría un efecto muy positivo en el mercado financiero y reduciría las tasas de interés a largo plazo, lo cual, a la larga, tranquilizaría a quienes temen las consecuencias a corto plazo de tales cambios. Un compromiso permanente que vaya de la mano con una responsabilidad fiscal fomentaría el apoyo de los escépticos a los centrodemócratas.

REGULACIONES FEDERALES

Los republicanos se sienten agobiados en relación con la inquietud general sobre el papel de las regulaciones del gobierno. Sin embargo, es posible que éste establezca un mínimo de ordenamientos para la vida económica sin necesidad de especificar con detalle cómo ponerlos en práctica.

Por ejemplo, los demócratas no deberían rehuir el hecho de que tienen que establecer como obligatorio el seguro médico, puesto que sí se exige a los trabajadores y los empleadores que compren seguros contra catástrofes. Se debería permitir a la pequeña empresa comprar seguros en unión con otras empresas para abaratar costos; esto resolvería una preocupación común a todos los estadounidenses en relación con la pérdida de sus seguros médicos. Sin embargo, la póliza obligatoria no debería ser total, tal y como el proyecto de Clinton proponía, sino simplemente el seguro debería garantizar que las familias no que-

daran en la miseria debido a problemas de salud. Más aún, los moderados deberían abogar por la “movilidad” de los seguros, para que los trabajadores que hayan cambiado de empleo puedan legalmente apelar en caso de que las aseguradoras privadas les nieguen el servicio.

El gobierno federal debería establecer una normatividad mínima para el sistema de bienestar social en el ámbito local. Esto significa que los estados tendrían facultades amplias para llevar a la práctica sus propios planes, pero siempre bajo la autorización federal, que funcionaría como una especie de red de seguridad, ya inherente al panorama político estadounidense. Así, los estados podrían buscar las maneras de mejorar esa red, con el fin de que sus beneficios fueran accesibles a los miembros más vulnerables de nuestra sociedad. Este enfoque choca con el proyecto republicano, que ofrece a los estados beneficios en bloque sin que haya ninguna obligación que los comprometa.

EDUCACIÓN

Los demócratas deben seguir enfatizando el papel de la educación para mejorar las oportunidades de empleo de todos los estadounidenses. Dentro de este contexto, el gobierno federal puede tener una función preponderante al emular los exitosos modelos de Europa y Japón; se debe ofrecer la aplicación de pruebas en todo el país que evaluaran las habilidades básicas en matemáticas, historia, inglés, ciencias, geografía y lenguas extranjeras. Tales pruebas deberían ser nacionales para que las dependencias estatales y locales midieran sus propios avances. Como retribución a la aplicación de las pruebas, las escuelas recibirían fondos federales extra. Al contrario que en otros países, estos exámenes serían voluntarios.

La última administración pretende que se extiendan certificados de capacitación laboral. Este punto apela directamente a la preocupación de los electores en cuanto a la pérdida de empleo. Dentro de este plan, la gran cantidad de programas de capacitación que existe en la actualidad sería reemplazada por estos certificados donde el trabajador elegiría su mejor opción. Este programa, y otros como éste, reduciría la tendencia del electorado a asociar las políticas demócratas con los programas de gobierno.

POLÍTICA COMERCIAL

Los demócratas deben estar abiertos al comercio internacional como fuente de crecimiento económico y de ingresos elevados, por lo que deberán continuar la pauta de la administración de Clinton y seguir buscando acuerdos comerciales con bases multilaterales y la posibilidad de dar entrada a nuevos socios en el TLC. Tales esfuerzos no deben perder de vista los problemas que pueden surgir de una economía global activa. En este contexto, los certificados de capacitación laboral tienen gran importancia.

CONCLUSIONES

Los republicanos han emergido como los aspirantes potenciales al papel de partido mayoritario en el Congreso. Esta aspiración se basa en el núcleo radical y enérgico de los conservadores junto con la mayoría del electorado estadounidense. Además, la facción más liberal del partido, con su creencia en el papel extremadamente limitado del gobierno en todos los asuntos, ya sean económicos o sociales, probablemente tendrá un choque con los conservadores sociales, que buscan una participación activa del gobierno en la vida personal y cultural del ciudadano. Los votos de los indecisos tienden a perderse, puesto que son más escépticos con respecto a la manera en que los republicanos están resolviendo las cosas. En otras palabras, la coalición, que fue muy efectiva en 1994 para obtener la victoria en el Congreso, podría tener una corta vida.

Para que los demócratas vuelvan a tener su posición en el Congreso, tendrán que continuar con la exitosa estrategia de Clinton de 1992: rechazo a un liberalismo tradicional junto con un compromiso para que el gobierno tenga un papel responsable pero limitado. Esta nueva agenda demócrata debe contener las siguientes características: igualdad de oportunidades, una base federal firme, pero flexible al poner en práctica los planes; inversión en la educación infantil, responsabilidad fiscal y orientación hacia una posición central responsable de la política estadounidense. Tal agenda no sólo sería útil para el Partido Demócrata sino que serviría a los intereses del pueblo estadounidense a largo plazo.